

Apuntes de Szczecin (El primer día)

No sé por qué emprendí este viaje a Stettin. De veras que no lo sé. Se dice que, a partir de cierta edad, uno tiende a regresar a sus orígenes. Ahora bien, yo nunca he sido una persona nostálgica. No he vuelto a mi cuna para buscarme una tumba. No, aquí no. Aquí de ningún modo.

Volver al lugar de nacimiento puede implicar cruzar una frontera: la de tu país, se supone, entrando en él. En mi caso es al revés: tengo que salir de mi país natal para llegar a este lugar. Aquí es la frontera la que se movió, no necesariamente la gente. Los que se quedaron, acabaron viviendo, de un día para otro, en el extranjero. Ciudades que hasta ayer fueron alemanas pertenecían, de pronto, a Polonia. No es que me importase mucho este hecho. Es más, creo que, por lo que atañe a la frontera occidental de Polonia, la historia —concediéndose una salvedad caprichosa— no hizo menos que justicia. Pero eso no quita que sea un poco extraño regresar y no entender el idioma de la gente del lugar donde uno pasó los primeros diecisiete años de su vida. Yo hablo ruso, polaco no. Podría haberlo estudiado, eso sí. Los idiomas me gustan y tengo facilidad para aprenderlos. Me encantan las diferencias gramaticales, fonéticas, las distintas entonaciones y maneras de decir lo mismo. Aunque lo que, tal vez, más me fascine sean las diferencias culturales y religiosas. Durante mi vida, un sinnúmero de lenguas y culturas ha despertado mi curiosidad; incluso la propia, que siempre es la que más cuesta comprender. La polaca, en cambio, jamás. Nunca se me ha pasado por la cabeza interesarme ni por el idioma, ni por la cultura. Ni tan siquiera pronuncio bien el nombre actual de esta ciudad: Szczecin. Me defiendo en alemán, cosa que no haría en ningún otro país. Es como si toda la facilidad para las lenguas extranjeras, de la que siempre me he envanecido, se desvaneciese con el polaco.

Contrariamente a lo que sucedió con el idioma, la ciudad no ha cambiado tanto. Aun siendo Polonia un país más bien pobre, comparado con Alemania, y Stettin una ciudad muy castigada por la Segunda Guerra Mundial, Szczecin ha vuelto a parecerse al lugar donde me crié. En mi barrio se reconstruyeron casi todas las calles, plazas y edificios. Reconozco la escuela a la que iba, la casa en la que vivíamos, el patio en el que jugaba, el camino al lago donde teníamos el huerto, la pasarela con los botes, todo. Materialmente, mi pasado se reconstituye aquí como en ninguna otra parte. No existe, sin duda, lugar alguno donde me pueda sentir más forastero.

La idea de venir aquí fue de mi mujer: «Hemos viajado tanto, hemos visto tantos países del mundo, pero nunca el lugar donde naciste tú. Es un sitio que sólo conozco de oídas, por referencias tuyas. Ahora que nos cansamos mucho en los viajes largos, ¿no te gustaría volver allí y ver cómo está todo?». Ella había visitado los lugares importantes de su infancia; no muy a menudo, pero sí con cierta regularidad. Primero descarté esta posibilidad, sin darle más vueltas. No obstante, a medida que repetía esa sugerencia —a lo sumo, tres o cuatro veces a lo largo de los últimos años—, empecé a considerarla y, un día, de improviso, fui yo quien expresó el deseo de ir a Stettin. Lo cual no significa que el deseo fuera realmente mío. Son esos largos años de matrimonio que exigen, en cierto modo, que los cónyuges se pongan de acuerdo en todo. Tras décadas de convivencia, la gente suele acabar o discutiendo por cada ñoñez, o vanagloriándose de su arte de manipulación mutua y continua. En mi caso, nunca lo he visto así, y ni siquiera ahora, tras haber escrito estas últimas frases, admitiría que yo me deje manipular por mi mujer. Nos queremos, siempre nos hemos querido, eso es todo.

Compramos, pues, los billetes de autocar e hicimos la reserva para el hotel en el que me encuentro ahora, y del que he decidido no salir más hasta la vuelta dentro de dos días. Es un hotel que pertenece a una cadena multinacional de hostelería, por lo que, si uno no se pone a mirar por las ventanas, es imposible decir dónde se encuentra exactamente, en Chile, en Japón o en Bélgica. Tengo aquí todo lo que necesito; el personal es atento y discreto, y habla perfectamente alemán. Ni siquiera la cocina revela el hecho de que estemos en Polonia. El aire acondicionado está bien ajustado, no hace ni demasiado frío ni demasiado calor; la humedad atmosférica relativa se indica en cada estancia y es de mi agrado. Los alemanes sabemos apreciar las cosas bien hechas. Nos gusta que la gente se esfuerce por detectar y seguir afinando ese punto referencial de la perfección. Porque

sabemos que la perfección en sí no es un fin alcanzable sino algo que se va alejando hacia la infinidad de un cosmos microscópico difícil de controlar, y que es menester un esfuerzo cada vez más desmesurado por sentir el placer efímero de haber estipulado un nuevo estándar para la interpretación de algo que se considere bien hecho; un estándar que, sin duda, mañana constituirá la norma, pasado mañana, la violación de otra norma más actualizada, y que pronto se habrá convertido en algo que se tolera, con una especie de indulgencia benévola, como mucho en países del Tercer Mundo. Esta suerte la compartimos con las demás culturas germánicas y anglosajonas, como las escandinavas, la británica y, desde luego, las que dominan en el norte de América. En este sentido, tenemos dos vecinos que siempre han tenido la fama de ser un poco chapuceros: los franceses y los polacos.

Me estoy desviando. Estaba hablando de mi mujer y de los billetes de autocar. Ella, finalmente, no pudo acompañarme porque su hijo, separado y con gemelos, estuvo a punto de recaer en una depresión. Así que fue a visitarle y me animó a que, ante la opción de quedarme solo en casa o venir aquí, optase por lo segundo. Desde que me jubilé, hace ahora diez años, no he vuelto a viajar solo. Antes tenía que hacerlo a menudo por cuestiones de trabajo. Recuerdo con verdadero cariño aquellos viajes, que me llevaban con frecuencia a la antigua Unión Soviética y a los Estados Unidos. Iba en primera, siempre, provisto de la misión correspondiente por parte de la empresa. Cuanto menos elaborado resultaba el encargo, más disfrutaba con él; un guión estricto, en cambio, sólo provocaba, *in situ*, mi disposición natural para tomar decisiones por mi propia iniciativa, desoyendo recomendaciones y saltándome algún que otro protocolo. Sin embargo, carecer de cualquier tipo de guión es una cosa bien distinta y algo que me ocurre, por vez primera, en este viaje. Puertas abiertas no se pueden echar abajo, aparte de que ya no tengo ni la fuerza ni el mismo espíritu de entonces. Será por eso que me quedo encerrado en esta habitación solitaria, dejando correr la pluma. En fin, quedan nada más un par de días para la vuelta.

Si bien es verdad que no tengo oído para la música, creo que sí tengo criterio para la escritura. Esto no quiere decir que me sienta capaz de escribir literatura, pero, a pesar de haber dedicado la mayor parte de mi vida a la ciencia, también es cierto que las letras nunca me han dejado indiferente. Desde muy joven acostumbro a leer en varios idiomas y también los suelo escribir. Eso sí, hasta el momento he redactado sólo textos científicos:

traducciones, o informes que escribía directamente en alguna de las lenguas de cuyo conocimiento presumo. Nunca nada personal.

«¿Qué hubiera sido de mí si...?» «¿Y qué será de mí cuando...?» Así comienzan casi todas las preguntas que uno se hace en la vejez. ¿Qué hubiera sido de mí si me hubiese dejado llevar por la propensión que sentía por las letras, valiéndome del dominio de varias lenguas extranjeras? Habría estudiado filología en vez de química, me habría dedicado a la enseñanza o a la traducción o a la interpretación de idiomas. Habría viajado igual; con otro pretexto, habría ido a conferencias internacionales sobre temas diferentes, no como conferenciante sino como intérprete y observador; e igual que en mis viajes de negocios, me habría imaginado que era un doble agente que cruzaba el telón de acero para vender informaciones de máxima seguridad, sin sombra de escrúpulos de conciencia. Porque lo que a mí me motivaba a emprender esos viajes sumamente peligrosos no era el dinero (mi trabajo verdadero ya me proporcionaba lo que necesitaba), sino la ilusión de contribuir a acabar, de una vez para siempre, con esa locura de Guerra fría entre las dos superpotencias. De hecho, fue la caída del telón de acero, en 1989, la que marcó el momento de mi jubilación anticipada, a los sesenta y cuatro años.

Lo que ocurrió entonces, para mis nietos ya no es más que otro dato histórico en una lista pesada de fechas y acontecimientos que han de estudiar; algo más cercano que la Revolución Francesa o la invasión de Polonia, pero bueno... Ellos prefieren las historias inventadas, las fábulas y los cuentos de hadas, y —cosa que no hacía apenas con mis propios hijos por estar demasiado ocupado— suelo contarles algo antes de dormir, mezclando temas comunes de cuentos populares procedentes de diferentes culturas, y fabulando, sobre la marcha, cualquier disparate o bobería. El problema es que, a veces, los niños no se duermen, mientras que a mí me sobreviene un sueño irresistible, por lo que se crean pausas sospechosas que provocan la protesta inmediata de los oyentes. Al retomar el hilo narrativo, la lógica interna del cuento —si es que la tuviese— vacila peligrosamente y hasta la concordancia de las frases cojea y se va al cuerno, afectada por la somnolencia. De manera que el cuento se convierte, poco a poco, en una yuxtaposición absurda de palabras inconexas, interrumpidas por algún que otro ronquido mío, hasta que los niños saltan de la cama para presentar sus quejas ante los padres o la abuela.

Debo de tener la mente partida. Por un lado, me encanta el discurso científico: conciso, objetivo, siempre pendiente de la demostración; por otro, y como para compensar esta vertiente rigorista, mis sueños nocturnos son de lo más delirantes y caóticos. Tal vez por eso, de un texto literario no espero ni siquiera argumentos coherentes o una estructura lógica, y son los cuentos más imaginativos y simbólicos los que más me gustan. Durante el día, y mucho más ahora que soy pensionista, sueño con cosas más verosímiles; fragmentos del pasado sobre todo y suposiciones de algo que podría haber sucedido, figurándome vidas y mundos ajenos, familiares o exóticos, según el estado del tiempo y la constelación astral. Por eso, desde que participo en el trabajo doméstico, me ocupo de las tareas más monótonas como la de fregar platos, pasar la aspiradora, limpiar cristales o cortar el césped. Y es entonces cuando se me puebla la mente de situaciones de cualquier índole que me alivian y me causan cierta sensación de libertad, mientras sobrevuelo paisajes pasados o me sobrevienen visiones del futuro. Mi mujer se queja a menudo de la facilidad que tengo para andar por las nubes. Se siente sola a mi lado, como si la abandonase o la traicionara; y yo reconozco que, a veces, me valgo del ruido producido por el cortacésped o la aspiradora para sumergirme en él y escapar por unos instantes del transcurso aparentemente lineal del tiempo y de la evidencia de estar encerrado en una situación y en un cuerpo determinados. Así que, probablemente, mi mujer tiene razón al interpretar esos silencios míos como un acto de infidelidad continua. Sólo que yo no la engaño con nadie en concreto, sino con todo el mundo a la vez.

Para alguien como yo, que ha dedicado buena parte de su vida activa al trabajo, a la larga, la jubilación puede revelar lo poco que llega uno a conocerse a sí mismo. Tengo casi setenta y cinco años, y hay momentos en los que me cuesta creer que me importase tanto la química, cuyos avances observo ahora, más que con ilusión, preocupado. Aparte de que jamás se me hubiera pasado por la imaginación que, un día, me encontraría en una situación semejante: yo encerrado en una habitación de hotel, con un bolígrafo y unas hojas sueltas sobre el mármol amarillento del tocador, mirándome en el espejo e intentando aclararme como un adolescente en su primer viaje en solitario.

© C. Ahrenholz